# La nueva California

**Diana Klinger**
Universidade Federal Fluminense

Comencé a pensar y a escribir este ensayo en Palo Alto, cerca de San Francisco, en el corazón del Valle del Silicio, donde estoy viviendo desde 2024, dando clases de literatura brasileña y latinoamericana como profesora visitante en la Universidad de Stanford. Por coincidencia, comencé justo una semana después de que Trump, que recién había asumido su segundo mandato, anunciara, durante la visita de Netanyahu a la Casa Blanca, que los Estados Unidos pretendían anexar Gaza y deportar a los palestinos que habían sobrevivido a los —en aquel momento— 15 meses de bombardeos. El poder del imperio, puesto al servicio de la destrucción del Otro, no era nuevo. Sin embargo, esta vez, la alianza entre el poder de destrucción y aniquilamiento, el poder económico y el tecnológico es más descaradamente explícita que nunca. El hombre más rico del planeta, dueño —entre otras cosas— de la plataforma digital X, de la empresa Space X (de tecnología espacial e internet) y de Tesla (de autos y robots) había sido invitado por Trump a dirigir el recién creado «Departamento de Eficiencia del Gobierno»[1], un organismo cuya función es «cortar gastos innecesarios», y que abiertamente implica una alianza entre supremacismo blanco, concentración absoluta de la riqueza y calentamiento global. La empresa de Musk, con contratos de miles de millones con el Estado norteamericano, tiene más satélites que todas las fuerzas estatales del mundo juntas, detenta el poder total sobre el espacio sideral y la infraestructura de toda la internet actual, vehículo para todas las formas de comunicación mediática, todas las transacciones comerciales del mundo, todo el espionaje y la salvaguarda de los intereses delos Estados. Por otro lado, Peter Thiel, el dueño

[1] Eso ocurría mientras escribía este ensayo. Como sabemos, Musk terminó dejando el cargo en poco tiempo (pero luego de haber hecho grandes daños sociales). Sus empresas, sin embargo, siguen beneficiándose de contratos multimillonarios con el Estado (que suman estimadamente 38 mil millones de dólares).

de PayPal, y uno de los principales inversores en Meta y Space X, ha sido también el primer inversor en Deep Mind, la empresa fundada por Denis Hassabis y adquirida por Google en 2014, tornándola una de las empresas líderes en inteligencia artificial. Thiel también cofundó Palantir Technologies, una empresa de inteligencia artificial y análisis de datos, que ha firmado importantes contratos a largo plazo con el Servicio de Inmigración y Control de Aduanas de Estados Unidos (más conocido como ICE). Estos contratos han sido utilizados por el ICE para rastrear, perfilar y facilitar la detención y deportación de inmigrantes indocumentados.[2]

Mientras todo esto ocurre, me reúno dos veces por semana en la Universidad para discutir la historia de la literatura latinoamericana con mis alumnos. La misma universidad, Stanford, donde se gestaron Google, Netflix, Facebook, Meta, Alphabet, PayPal, empresas todas cuyos CEOS y dueños se sientan, como decía, a la mesa de Trump. Puede sonar un cliché, pero me siento como si fuera parte de la orquesta del Titanic, que continuaba tocando mientras el barco se hundía. ¿Y qué otra cosa podría hacer?

Para encontrarle algún sentido a continuar «tocando» en medio de este mundo que se hunde en la miseria moral, en el desastre ecológico y la tragedia humana, intento pensar qué interrogantes puede ofrecer la literatura en este momento y en este estado de cosas, de capitalismo digital, de colonialismo de datos, de extractivismo cognitivo o cualquiera de las otras tantas denominaciones que andan dando vueltas por ahí, aunque todas parecen haber quedado chicas frente a los acontecimientos más recientes. Este ejercicio de pensamiento es apenas una búsqueda de algunas de las inquietudes que la literatura les ha planteado no tanto a la ciencia o a la tecnología en sí mismas, sino a su *algoritmización*, si es que podemos decirlo de esa forma, y a lasconsecuencias que acarreó en la vida de las personas.

Este ensayo es el inicio de un proyecto en el que me planteo esas preguntas e intento comprender algunas conexiones. Conexiones sutiles, no evidentes ni tampoco sistemáticas. Los hilos que entretejen los argumentos de este ensayo cruzan de maneras poco ortodoxas literaturas y algoritmos, imaginación y tecnología, lenguaje y poder.

[2] Releo esto a la luz de los recientes y atroces acontecimientos que tuvieron lugar en Mineápolis en enero del 2026.

Como la mayoría de nosotros, soy usuaria de redes, compro en Amazon, uso ChatGPT y tantas otras aplicaciones que se sirven de inteligencia artificial (en realidad, hoy en día casi todas las aplicaciones la utilizan; por ejemplo, tener una cuenta en un banco ya nos hace usuarios de IA). Comienzo, entonces, por reconocer, sin hipocresía, esta contradicción. En los años setenta, respecto de la televisión, Umberto Eco dividía el mundo entre «apocalípticos» e «integrados». Hoy en día es casi imposible que alguien se coloque apenas de un lado, especialmente del lado apocalíptico. A diferencia de la mayor parte de las personas de mi generación, pasé buena parte de mi vida sin ver televisión, pero no puedo imaginar mi vida sin un celular. Por más críticos o apocalípticos que seamos, es casi imposible no estar integrados con las tecnologías digitales en nuestro día a día. El desarrollo tecnológico parece haber alcanzado un estado en el que cualquier fantasía futurista hollywoodiana parece superada por la realidad.

Por las calles de San Francisco circulan muchísimos taxis sin chofer, que andan con «piloto automático». A decir verdad, es bastante difícil encontrar taxis con chofer. Estos vehículos autónomos tienen que tomar decisiones permanentemente, que incluyen no solamente cuestiones de orden técnico, sino también moral. En fin, la pintoresca y bella ciudad, símbolo y cuna de la contracultura, continúa deslumbrante y acogedora, pero también es un gigantesco laboratorio del presente (iba a decir «del futuro»), en el que Tesla, por ejemplo, coloca mil robots humanoides —el Optimus— por mes. Estamos, evidentemente, en una nueva California.

«La nueva California» es un cuento del escritor brasileño Lima Barreto, publicado en 1910. El título se refiere a la fiebre del oro que tomó la región entre 1848 y 1855, que generó un súbito crecimiento económico y una inmigración masiva, pero también una onda de violencia y exterminio de poblaciones indígenas, además de la contaminación del paisaje y de los ríos. En Brasil, a inicios de la Primera República, el escritor carioca usa la metáfora de la «nueva California» porque veía el «orden» moral reinante y el «progreso»[3] económico con gran escepticismo.

[3] «Orden y progreso» fue el lema de la recién nacida república, inscripto en la bandera nacional.

Claramente hay muchas novelas y películas del siglo XX que imaginan escenarios distópicos, mundos regidos por máquinas e inteligencias no humanas, apocalipsis tecnológicos y dictaduras de robots. Sin embargo, mi intención era pensar las interpelaciones entre literatura, ciencia y tecnología más allá de estos futurismos catastróficos. Volví entonces al cuento de Lima Barreto, porque más allá del título y de la referencia a la fiebre del oro en esta región, me llamó la atención el nombre del protagonista: Raimundo Flamel, un forastero que llega a un pequeño pueblo imaginario, situado en las afueras de Río de Janeiro y termina causando la ruina total de la ciudad, al difundirse la noticia de que estaría transmutando huesos humanos en oro. El nombre del protagonista, Raimundo Flamel, es una clara referencia al teólogo, filósofo y alquimista catalán Ramon Lull (conocido en castellano como RaimundoLulio), que vivió en el siglo XIII, y a Nicolás Flamel, escribano, copista y alquimista francés del siglo XIV, del que se dice que habría logrado encontrar la piedra filosofal.

Raimundo Lulio es una figura muy interesante que, a pesar de haber sido un místico medieval, un alquimista y un evangelizador, curiosamente hoy en día es considerado «el profeta medieval de la inteligencia artificial» (volveré sobre esto en breve). Lulio creía en una lógica mística, según la cual el orden de la naturaleza se correspondía con las categorías de la mente y, como desarrolló en *El libro de los secretos de la naturaleza*, la alquimia podía reducirse a una especie de código alfabético en el que las letras se correspondían con principios alquímicos (Moran 20).

En el cuento, cuando corre la noticia de que Raimundo Flamel tendría la fórmula para transmutar huesos en oro, la población de Tubiacanga sale desesperadamente a desenterrar a sus muertos, un sacrilegio cometido en aras de la ambición económica, una fiebre del oro tardía, tras el saqueo del mineral que sufrió la región en los siglos XVIII y XIX. Como muestra Nicolau Sevcenko en Literatura como Missão, hacia fines del siglo XIX e inicios del XX «uma verdadeira febre de consumo tomou conta da cidade [Rio de Janeiro], toda ela voltada para a novidade, a última moda, e os artigos *dernier bateau*» (28). En este contexto, «Lima não perde a oportunidade de denunciar o grau desmoralizante de corrupção politica e econômica que empesteava o regime» (169).[4]

[4] Traducción: «Una verdadera fiebre de consumo se apoderó de la ciudad [Río de Janeiro], completamente inclinada a la novedad, la última moda y los artículos de *dernier bateau*». «Lima no

El hecho de que el cuento haya sido publicado como una especie de anexo a la novela *O triste fim de Policarpo Quaresma* es bastante revelador también. En la novela, Policarpo, un mayor de la guardia nacional, idealista y nacionalista, se confronta con la realidad de un país corrupto, en el que la razón, la honestidad y el esfuerzo estaban «en marea baja» (Sevcenko 186). Ya en su primera novela, *Recordações do escrivão Isaías Caminha*, de 1909, Lima Barreto representaba críticamente la moralidad reinante. Así, Caminha, un joven mulato, va del interior a Rio de Janeiro en busca de educación, pero se encuentra con el prejuicio racial, dice que se siente como si estuviera caminando «entre yahoos» feroces y sintiendo «impulsos de huir antes de ser devorado». Los yahoos, recordemos, son los habitantes brutos de la isla de Houyhnhnms que Gulliver encuentra en la última parte de sus viajes: obsesionados por las «piedras», son representantes de un materialismo ignorante, que el propio Jonathan Swift encontraba en la Inglaterra de su época. En sintonía con Swift (volveré sobre esto más adelante), en «La nueva California», Lima Barreto hace al mismo tiempo una crítica política al materialismo y a la ambición desarrollista y se aleja de la narrativa realista, que en el siglo XIX iba de la mano del positivismo.

Me gustaría señalar un detalle de la narración que me parece bastante relevante: al ser descubierto por la multitud cuando robaba huesos en el cementerio, acorralado, el boticario Bastos (socio de Flamel), «con una pequeña barra de oro en las manos», prometió revelar el secreto si le perdonaban la vida. Este detalle, la pequeña barra de oro en la mano del boticario, genera cierta inquietud, ya que podría sugerir que, de hecho, él y Flamel habían logrado la transmutación. Esta inquietud, o esta suspensión narrativa, también pone en duda las supuestas malas intenciones de Raimundo Flamel: después de todo, podría no ser un charlatán. Así, el cuento se desplaza hacia un estilo precursor del realismo mágico, en el sentido de que algo del orden de lo sobrenatural se narra sin extrañeza ni por parte de los personajes ni por parte del narrador.

De hecho, Tubiacanga nos recuerda un poco a Macondo, otro pueblo inventado, donde se sitúa la novela de 1969 de Gabriel García Márquez, micro-

pierde la oportunidad de denunciar el grado desmoralizante de corrupción política y económica que infectaba al régimen».

cosmos de la historia del desarrollismo latinoamericano en el siglo XX, con las expectativas populares frustradas y sus esperanzas defraudadas, que fue leída como una alegoría de América Latina. También aquí los personajes son víctimas de una fantasía de enriquecimiento que los lleva a la ruina. Y aún más: también en *Cien años de soledad* se da esta sorprendente asociación entre alquimia y extractivismo. Recordemos que la vida de José Arcadio Buendía, el personaje que funda el pueblo de Macondo y el linaje de los Buendía, cambia por completo tras la llegada de un alquimista –el gitano Melquíades– que trae, entre otros muchos artilugios, un «gran invento», la «octava maravilla de los sabios alquimistas de Macedonia»: un imán, que José Arcadio cambia por su mula y sus cabritos, debido a la «maravillosa idea» de que con él podrá extraer oro de las entrañas de la tierra. Sin embargo, en una notable coincidencia con el cuento de Lima Barreto, solo conseguirá desenterrar un cadáver. Tras días y días de expedición por los alrededores de Macondo, provisto de un enorme imán, encuentra bajo tierra una armadura del siglo XV con un esqueleto calcificado. Encuentra, pues, el cadáver de un conquistador que también había llegado al continente en busca de oro.

Así, la «llegada» de la alquimia en el siglo XX a América Latina además de una versión precaria y anacrónica de la ciencia, es casi una alegoría de la ambición extractivista. Alegoría, por tanto, de un fraude, tanto en el citado cuento de Lima Barreto como en *Cien años de soledad*. Las dos narrativas parecen sugerir que las expectativas de progreso de principios del siglo XX, cuando se trasladaron a América Latina, no eran más que quimeras. Sin embargo, en la novela de García Márquez, el alquimista no es un embustero, es honesto, y José Arcadio fracasa en parte porque abandona la sacralidad de la alquimia y adopta una actitud utilitaria, en parte porque no logra interpretar los textos herméticos. Melquíades poseía las claves de Nostradamus, podía descifrar y predecir la historia de la humanidad. De hecho, mucho más adelante en la novela descubrimos que Melquíades es el autor de la historia que estamos leyendo: la escribe en un mensaje cifrado.

Se trata de un poema que contiene la historia de Macondo y del linaje de los Buendía, un mensaje que solo se revelará al final, cuando Aureliano Babilonia logre descifrarlo y, al hacerlo, desencadene una tormenta bíblica, que ya estaba inscrita en esos papeles y que borrará su linaje de la faz de la Tierra. Mientras Aureliano Babilonia lee y descifra los manuscritos de Melquíades, se

da cuenta de que se trata de la historia de su familia, escrita con cien años de antelación. «La había redactado en sánscrito, que era su lengua materna, y había cifrado los versos pares con la clave privada del emperador Augusto, y los impares con claves militares lacedemonias» (349). Y en ese momento, en el que Aureliano conoce la historia de su linaje y su propio origen, el instante de su propia concepción entre los alacranes y las mariposas amarillas de un baño crepuscular» (350), sopla la tormenta y él, que conocía los libros del sabio catalán»(¿y puede este sabio catalán no ser una referencia a Lulio?), logra descifrar los pergaminos de Melquíades, que tienen un eco de la tradición bíblica y cabalística, tradiciones que entienden la historia del mundo como un texto escrito por Dios en un lenguaje cifrado.

Recordemos que el mismo Raimundo Lulio, referido con escepticismo por Lima Barreto y homenajeado por García Márquez, fue de hecho un alquimista y, como decía, un beato de la Iglesia Católica. Lulio pasó gran parte de su vida preparando un método de aprendizaje según el cual, dividiendo todo el conocimiento disponible en categorías, sería posible que alguien lo supiera «todo». Creía en la posibilidad de una teoría que permitiera deducir todas las verdades sobre el mundo, automáticamente, *como si fueran generadas por una máquina*: algo así como un «ordenador» racional del conocimiento, incluyendo —sobre todo— el conocimiento religioso.

Es decir que inventó, nada menos que en el siglo XIII, una «máquina de pensar» (como dijo Jorge Luis Borges), que puede considerarse precursora de la inteligencia artificial y del análisis combinatorio de los algoritmos. La «máquina de pensar» consistía en un diagrama en el que cada una de las letras representaba uno de los atributos de Dios y mostraba sus infinitas conexiones. Borges, en un texto titulado «La máquina de pensar de Raimundo Lulio», dice algo muy sorprendente, muy sorprendente por tratarse de Borges (sabemos que hizo muy pocas referencias directamente políticas en su vida), pero también porque nos dice mucho sobre esas conexiones sobre las que propongo reflexionar. Se refiere a la posibilidad de «cargar» la máquina con conceptos contemporáneos:

> Nosotros ya sabemos que los conceptos de bondad, de grandeza, de sabiduría, de poder y de gloria, son incapaces de engendrar una revelación apreciable. Nosotros (en el fondo, no menos ingenuos que Lulio) la cargaríamos [a la máquina] de un modo distinto.

Sin duda, con las palabras Entropía, Tiempo, Electrones, Energía potencial, Cuarta dimensión, Relatividad, Protones y Einstein. O, también: Plusvalía, Proletariado, Capitalismo, Lucha de clases, Materialismo dialéctico, Engels. (*Obras completas* 322)

Como sabemos, Borges estaba muy atento a los avances contemporáneos de la física, pero lo que sorprende en el texto es que los ponga en relación con las luchas anticapitalistas. Recordemos también que el narrador de Pierre Menard hace una lista de las obras visibles de este escritor, en la que incluye una serie de monografías sobre Descartes, Leibniz, Wilkins, Raimundo Lulio y Georges Boole, y que todas estas monografías se refieren a una utopía lingüística que buscaba un lenguaje lógico y universal (¿un lenguaje algorítmico?). Así, siglos antes de la computación, había mentes considerando la posibilidad de automatizar el pensamiento (y la creación verbal, como vamos a ver) a partir del uso de máquinas.

De manera que si la tecnología digital y la inteligencia artificial pueden considerarse la cúspide de la «racionalidad instrumental» (en términos de Adorno y Horkheimmer en *La dialéctica de la Ilustración*), es posible encontrar algunas prefiguraciones de ellas en la literatura y la filosofía desde la Edad Media hasta la modernidad. Desde aquí, desde la «nueva California», desde el centro mismo donde el mundo se está transformando vertiginosamente en una distopía maquínica y algorítmica, buscando algún sentido, algún destello que dé sentido a continuar pensando en la literatura mientras el barco se hunde, propongo un brevísimo recorrido por esas conexiones subterráneas entre la literatura y el pensamiento, entre la imaginación y la inteligencia artificial, entre el pensamiento y la crítica social.

## Gulliver, la Royal Academy y la inteligencia artificial

Decía antes que en su primera novela Lima Barreto mencionaba a los Yahoo, los habitantesde la isla de Houyhnhnms que Gulliver encuentra en la última parte de sus viajes. Si retrocedemos a la segunda parte del libro, encontraremos a Gulliver que, después de ser atacado por piratas, es rescatado por una isla voladora llamada Laputa que se cierne sobre la isla de Balnibarbi. Al visitar su capital, Lagado, Gulliver conoce una organización llamada «La Gran

Academia» y descubre que esta institución invierte enormes cantidades de recursos y mano de obra en la investigación de proyectos absurdos, como extraer rayos de sol de los pepinos, ablandar mármol para utilizarlo en almohadas, aprender a mezclar tintas por el olor y descubrir conspiraciones políticas examinando los excrementos de las personas sospechosas.

Pero curiosamente, entre estos «proyectos de investigación ridículos», cuyo financiamiento ha dejado a la población de Balnibarbi en una pobreza extrema, Gulliver encuentra una máquina que escribe automáticamente libros de arte y ciencia.

> Las superficies de la máquina estaban compuestas por varios trozos de madera, más o menos del tamaño de un dado, pero algunos más grandes que otros. Todos estaban conectados entre sí por finos hilos. Estos trozos de madera estaban cubiertos, en cada cuadrado, con papel pegado sobre ellos; y en estos papeles estaban escritas todas las palabras de su idioma, en sus diversas formas, tiempos y declinaciones; pero sin ningún orden. (En línea).

Los hilos se giraban y la disposición de las palabras cambiaba por completo, generando cada vez nuevas configuraciones de frases. En otras palabras, la máquina inventada por Swift a principios del siglo XVIII utilizaba técnicas combinatorias para producir discursividad, algo así como una proto-inteligencia artificial. Según Chris García:

> Esta es una de las primeras menciones conocidas en la literatura de una máquina que podría considerarse un ordenador, más de cien años antes de los primeros diseños de máquinas calculadoras de Charles Babbage. La Máquina podría considerarse un ordenador, pero quizá sea mejor pensar en ella como una especie de generador de números aleatorios. [...] El programa que podría considerarse más similar a The Engine [la máquina descrita por Swift] es Racter, un programa basado en un microprocesador que podía utilizarse para generar aleatoriamente poesía y prosa en inglés. [...] Al igual que Engine, las obras de Racter se editaron en gran medida a partir de una gran cantidad de material, lo que llevó a muchos a compararlo con el concepto teórico de «monos con máquinas de escribir». Aunque muchas de estas piezas tenían poco sentido para

el lector ocasional, demostraban que se podía utilizar una computadora para crear automáticamente obras de arte. (En línea)[5]

Crítico mordaz de la sociedad de su época, con la Academia de Lagado Swift ironizaba sobre la Royal Society de Londres, a la que consideraba una usina de «proyectos inútiles». Siglos más tarde, en la década de 1940, por ironía del destino, Alan Turing, miembro de esa misma Royal Society, creó una máquina algorítmica, precursora de la inteligencia artificial, que fue fundamental para la victoria de los aliados en la Segunda Guerra Mundial.

En «Historia de los ecos de un nombre» incluido en *Otras inquisiciones*, Borges dice que Swift («así como Flaubert») siempre estuvo fascinado por la idiotez:

[...] en la tercera parte de Gulliver imaginó con minucioso aborrecimiento una estirpe de hombres decrépitos e inmortales, entregados a débiles apetitos que no pueden satisfacer, incapaces de conversar con sus semejantes, porque el curso del tiempo ha modificado el lenguaje, y de leer, porque la memoria no les alcanza de un renglón a otro. Cabe sospechar que Swift imaginó este horror porque lo temía, o acaso para conjurarlo mágicamente. (752)

En este sentido, la novela de Swift se vuelve doblemente premonitoria, no solo porque prevé, como Lulio, una máquina capaz de producir lenguaje, sino también porque intuye algunas de las deterioraciones brutales que podrían ocurrirle a la mente humana (aunque él no haya relacionado ambas cosas): por ejemplo, la disminución de la capacidad comunicativa (al final, si la aplicación nos facilita el envío de mensajes por predicción es porque los mensajes son predecibles) y de concentración, que es exactamente el efecto de las «enfermedades» neurológicas de la vida contemporánea, como el déficit de atención, de concentración y de memoria. De hecho, los propios mecanismos de la memoria y su relación con el inconsciente tendrán que ser repensados en este nuevo contexto. Y una vez más, la literatura nos ofrece algunas posibilidades.

[5] El texto está publicado en el sitio del museo de la historia de la computación de Silicon Valley. Disponible en https://computerhistory.org/blog/gullivers-engine/ (esta y todas las demás traducciones son de mi autoría).

## Inconsciente, memoria y algoritmos o «Proust y la neurociencia»

Todos recordarán el inicio de *En busca del tiempo perdido*: un día cualquiera, sin brillo, envuelto en la opaca niebla de la rutina, Marcel, absorto en sus pensamientos, regresa a la casa materna, donde su madre le ofrece una taza de té acompañada de una magdalena, un pequeño bollito tradicional francés. Después de mojarla en el té, se la lleva a la boca y entonces ocurre algo que desencadena una ola incontrolable y rompe los diques de la conciencia. Un torrente de sensaciones irrumpe, arrastrando consigo todo un mundo, el de su infancia, que hasta entonces estaba perdido. Su cuerpo, por un instante, parece derrumbarse bajo el peso de una emoción indefinible. No sabe, de inmediato, qué le pasa, pero siente, con una certeza absoluta y anterior al pensamiento, que ese aroma y ese sabor contienen un mundo. El tiempo se detiene ante el torrente de recuerdos: Combray, la pequeña ciudad de la infancia, las tranquilas mañanas en casa de la tía Léonie, el olor de los jardines, el brillo diáfano del sol sobre las estrechas calles. Como afirma el propio narrador, se trata de un recuerdo involuntario: una resurrección repentina, inesperada, tan vívida como el presente. No solo recuerda Combray: revive el pasado en sus detalles, que él mismo no sabía que recordaba. La magdalena se reveló el receptáculo de todo un universo y, con ella, la constatación irreversible de que la memoria humana no obedece al orden de la voluntad, sino a la lógica secreta de los sentidos.

Esta es exactamente la «memoria involuntaria», inconsciente, que en 1896 Henri Bergson había teorizado como «memoria pura» en *Materia y memoria*, libro en el que plantea una forma de pensar sobre la percepción, la memoria, el cuerpo y el tiempo que resuena con varias preguntas centrales de la IA contemporánea.

Proust había sido alumno de Bergson en La Sorbonne entre 1891 y 1893, y posteriormente leyó su libro en 1906, justo antes de comenzar a escribir la gran novela. En ese momento, Bergson ya era una celebridad y su filosofía implicaba una fuerte resistencia frente a la visión mecanicista del universo. Una vez más, la literatura prefigura problemas a los que se enfrentará la ciencia más adelante. De hecho, muy recientemente, la neurociencia ha dado una explicación físico-química a la cuestión, hasta entonces sin resolver desde su punto de vista, sugiriendo que la memoria no es una representación del pasado,

sino un vestigio que se actualiza constantemente.Cuanto más recordamos algo, menos precisa es nuestra memoria, porque, como explica Jonah Lehrer, «every time we remember anything, the neuronal structure of the memory is delicately transformed, a process called reconsolidation (Freud called this process *Nachtraglichkeit*, or retroactivity)» (85).[6] Cada vez que recordamos algo en realidad lo reinventamos, de manera que la memoria es siempre «literatura», es siempre, en parte, imaginación. Proust «sabía» eso, de hecho, escribe en su ensayo «Contra Sainte-Beuve», que «lo que nuestra memoria nos presenta como pasado no es, de hecho, pasado» (56).

Si esto es así, es imprescindible pensar cómo nuestras memorias y nuestro inconsciente se ven afectados por la omnipresencia de los dispositivos informáticos (como el celular) y las redes sociales y sus arquitecturas de control. Cada día, nuestro celular nos ofrece «recuerdos», incluso organizándolos en pequeños videos que asocian momentos entre sí por algún elemento que tienen en común, como la presencia de una persona específica, un lugar o una actividad. Un recuerdo que nos llega procesado, «curado» por un sistema, a partir de datos visuales que nosotros mismos producimos, como instantáneas de momentos que decidimos guardar en dispositivos externos, no en nuestra mente, donde podrían perderse para siempre si no tuviéramos la suerte de que una casualidad nos los devolviera conel aroma de una masita dorada en un té. ¿De qué manera estos algoritmos están «estructurando» nuestro inconsciente y afectando nuestra «memoria pura»? Al ofrecernos una serie de recuerdos reordenados y organizados, quizás nuestros dispositivos nos estén privando de la capacidad de olvido y de asociación que son procesos fundamentales de nuestro inconsciente.

Recordemos que en los años setenta del siglo pasado, en el famoso *Anti-Edipo: capitalismo y esquizofrenia*, Deleuze y Guattari, discutiendo con Freud y Lacan, propusieron que el inconsciente es una «máquina» de producción de deseo que es constantemente capturada por el Estado, que la codifica, «reterrritorializándola». El libro buscaba, entre muchas otras cosas, comprender qué había sucedido con el Mayo francés y tantas otras manifestaciones de la

[6] «Cada vez que recordamos algo, la estructura neuronal del recuerdo se transforma delicadamente, un proceso denominado reconsolidación (Freud llamó a este proceso *Nachträglichkeit,* o retroactividad)».

contracultura y las luchas libertarias de los años sesenta, de las que, como sabemos, el capitalismo no salió debilitado, sino reforzado. ¿Cómo releer hoy *El anti-Edipo*, en la era de los dispositivos electrónicos, y repensar la relación entre inconsciente, deseo y capitalismo? ¿Estamos sustituyendo la memoria involuntaria por una memoria aleatoria algorítmica? Si es así, ¿qué significa esto en términos de la «máquina deseante» para la formación de una subjetividad? ¿Y para la producción literaria? ¿Y en términos de nuestra relación con el pasado y con el futuro? Si estamos de acuerdo en entender el inconsciente como una construcción histórico-social, ¿podemos decir que nuestro inconsciente contemporáneo funciona de manera algorítmica?

Mi apuesta en este breve recorrido fue pensar a partir de un anacronismo, esto es, pensar el presente a partir del montaje de una serie o una genealogía dispersa de textos cuya relación con la actualidad es quizás alegórica, quizás premonitoria. No creo que la literatura se anticipe, al modo de un vidente o en el sentido en que lo hace la ciencia ficción. Creo, sí, que la literatura es capaz de formular problemas que trascienden la contingencia y que, por eso, releer ciertos textos, en diferentes momentos históricos, nos permite encontrar nuevos sentidos, invisibles o inexistentes en la época de su publicación.

Hoy, embarcados en este inmenso Titanic en el que la tecnología está al comando, mientras atravesamos un océano de cambios aceleradísimos, pienso que aún podemos percibir las múltiples maneras en que la literatura interroga al conocimiento, a sus fundamentos y sus criterios. Espero haber mostrado, en este sinuoso y brevísimo recorrido, algunas conexiones poco visibles entre el pensamiento, la imaginación, la tecnología y la política.

## Bibliografía

Bergson, Henri. *Materia y memoria*. Buenos Aires: Cactus, 2006 [1896].

Borges, Jorge Luis.«El idioma analítico de John Wilkins». *Otras inquisiciones*. Buenos Aires: Sur, 1947.

—. «Historia de los ecos de un nombre». En *Otras inquisiciones*. Buenos Aires: Sur, 1947.

—. *Obras completas 1923-1972*. Buenos Aires: Emecé, 1974.

—. *Obras completas*, vol. 4. Barcelona: Emecé, 1989.

Deleuze, Gilles y Félix Guattari. *El Anti-Edipo: capitalismo y esquizofrenia*. Barcelona, Buenos Aires, México: Paidós, 1973 [1972].

García Márquez, Gabriel. *Cien años de soledad*. Buenos Aires: Sudamericana, 1967.

Garcia, Chris. «Computation History: Gulliver's Engine». *Computer History Museum*. En línea.

Lehrer, Jonah. *Proust Was a Neuroscientist*. Boston: Houghton Mifflin, 2007.

Lima Barreto. *A Nova Califórnia e Outros Contos*. Ed. Lilia Moritz Schwarcz. San Pablo: Companhia das Letras, 2021.

—. *Triste fim de Policarpo Quaresma*. San Pablo: Companhia das Letras, 2011 [1915].

—. *Recordações do escrivão Isaías Caminha*. San Pablo: Companhia das Letras, 2010 [1909].

Moran, Bruce T. *Destilling knowledge: alchemy, quemistry and the scientific revolution*. Londres: Harvard University Press, 2005.

Penrose, Roger. *The Emperor's New Mind: Concerning Computers, Minds, and the Laws of Physics*. Oxford: Oxford University Press, 1989.

Proust, Marcel. *À la Recherche du Temps Perdu*. París: Gallimard, 1913-1927.

—. *Contra Sainte-Beuve*. París: Gallimard, 1954.

Sevcenko, Nicolau. *Literatura como Missão. Tensões sociais e criação cultural na Primeira República*. San Pablo: Companhia das Letras, 2003.

Swift, Jonathan. *Los viajes de Gulliver*. Buenos Aires: Espasa Calpe, 1944. En línea: Biblioteca Virtual Cervantes.

Torres Caballero, Benjamín. *Gabriel García Márquez o La alquimia del incesto*. Madrid: Editorial Payol, 1987.